

El trabajo de campo en la formación de antropólogas y antropólogos en México. Mitos, realidades e innovaciones

NICOLÁS OLIVOS SANTOYO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO (UACM)

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

CORREO ELECTRÓNICO: nicolasolivos@gmail.com

GERARDO CRUZ SÁNCHEZ

PROYECTO ADELA II

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

DOSSIER

Fecha de envío: 30-09-2021 / Fecha de aceptación: 28-04-2022.

RESUMEN

Nos proponemos en este escrito comentar algunas de las directrices que toma la enseñanza del trabajo de campo en algunas instituciones de enseñanza de la antropología en México. A partir de la dicotomía entre trabajo de campo individual y trabajo de campo grupal analizamos cómo aparecen estas en los diversos momentos formativos y problematizamos los mitos e imaginarios que encierran su enseñanza.

PALABRAS CLAVES: trabajo de campo en México, Proyecto Adela II, etnografía desde el sujeto, etnografía colectiva.

ABSTRACT

We propose in this writing to comment on some of the guidelines that fieldwork teaching takes in some anthropology teaching institutions in Mexico. Starting from the dichotomy between individual fieldwork and group fieldwork, we analyze how these appear in the various formative moments and we problematize the myths and imaginaries that enclose their teaching.

KEYWORDS: field work in Mexico, Adela II Project, ethnography from the subject, collective ethnography.

PRESENTACIÓN¹

Difícilmente una disciplina puede separarse de su mito fundador. No es necesario hacer un repaso histórico para contemplar esta afirmación o mirar ciencia por ciencia y conocer de sus héroes fundadores y sus hazañas verdaderas o ficticias. Quizá el ejemplo más recordado y popular sea el de Newton y su descubrimiento de las leyes gravitacionales, que según la mitología moderna fueron el resultado accidental de la caída de una manzana en su cabeza. Y así podemos sumar los casos de Arquímedes y su bañera, Mendel y los guisantes, entre otros más. Todas estas narrativas surgen o bien por motivos didácticos y de enseñanza de la historia de la ciencia o como sustento de la imagen del erudito solitario que a partir de un hecho mundano y de un gran acto de inspiración mental, descubre las realidades profundas que subyacen a los fenómenos observados.

Para el caso de la antropología del siglo xx hay un mito fundador cuya figura central es Bronislaw Malinowski. A partir de su experiencia de trabajo de campo en las islas Trobriand se formulará una manera de entender la experiencia de campo, la tarea del investigador en este y, por supuesto, la formulación de las técnicas y métodos que harán de esta labor un recurso científico que legitima a la antropología. Se construye un canon metodológico cuyo pilar será la observación participante y el trabajo de campo intensivo y prolongado en un pueblo, entre un grupo sociocultural o en una gran región cultural. Tal cuerpo metodológico causará gran impacto en las producciones etnográficas del siglo xx en adelante, lo que conllevará a Malinowski a convertirse en un modelo metodológico y teórico a seguir.²

Sin embargo, con la irrupción de historiadores de la antropología como George W. Stocking Jr., James Clifford y Metchild

1 En este artículo usamos el sistema de referencia de las Normas APA 7ª edición.

2 Tomamos como partida a Malinowski por ser uno de los modelos clásicos del trabajo de campo individual. No obstante, no consideramos que sea el hito fundador de la disciplina, más bien un modelo que inaugura una nueva mirada metodológica y teórica que sería compartida por gran parte de la corriente antropológica del siglo xx hasta nuestros días.

Rutch o de antropólogos de la antropología tales como George E. Marcus, Esteban Krotz, Rosana Guber, Aurora González, Bruno Latour entre otros, los mitos consagrados de la antropología comenzaron a ser puestos en duda o bien a ser reelaborados. Así, por ejemplo, la dicotomía entre observadores de campo frente a especuladores de gabinete fue matizada por Stocking en su célebre artículo *La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en la antropología británica desde Tylor a Malinowski*. (2003), en el mismo artículo se encarga de mostrar que muchas de las indicaciones metódicas para realizar trabajo de campo adjudicadas a Malinowski habían sido ya formuladas por W. H. R. Rivers y su generación.

Pero una de estas desmitificaciones que nos interesa resaltar y que sirve como provocación heurística para este trabajo, es aquella que James Clifford (1995) ha sacado a relucir con su reconstrucción comparativa entre el etnógrafo solitario encarnado en la figura de Malinowski, contrastándolo con el proyecto francés Dakar-Yibuti encabezado por Marcel Griaule y colaboradores, entre los que sobresale el poeta surrealista Michel Leiris. La pretensión de Clifford fue mostrar que se erigió un modelo dominante para hacer trabajo de campo en el ámbito académico al promover la idea del observador solitario. La antropología y su enseñanza giraban en torno a ese imaginario, el del sujeto que se trasladaba a tierras distantes, veía partir su barco y enfrentaba individualmente los avatares de ganarse la buena fe de los lugareños para lo cual requería hablar las lenguas locales, generar todo tipo de confianzas y empatías y, por supuesto, llevar mucho tabaco. De manera irónica, como fue su estilo, David Schneider (1995) cuenta que Margaret Mead los instruía siempre a iniciar un trabajo de campo, en solitario, ganándose la confianza del «nativo» y evitando a toda costa el pago de informantes. Confianza que se ganaba, enseñaba Mead, a través de establecer un vínculo de reciprocidad en el que el antropólogo, a cambio de la generosidad y hospitalidad de su anfitrión, otorgaba algunos presentes que bien podrían ser tabaco, telas o utensilios. A la pregunta realizada a Schneider sobre qué presentes otorgaba, responde sarcásticamente: «Cerveza, whiskey, ginebra y, por supuesto, revistas pornográficas» (Schneider, 1995:4).

A partir de esta relectura de los mitos euhemerísticos realizada por Clifford y Stocking es que nos surge la inquietud de conocer cuál es y cómo ha sido la experiencia mexicana de formación de estudiantes en el trabajo de campo antropológico. Partimos de la hipótesis de que seguimos anclados en nuestros imaginarios como antropólogos al modelo malinowskiano de trabajo de campo y que en nuestros cursos y en la literatura empleada para la enseñanza de la etnografía recurrimos a modelos erigidos bajo la idea del investigador solitario. Nuestra intención es exponer algunos casos formativos realizados en las escuelas y centros del país donde se imparten licenciaturas y posgrados de antropología y mirar los modelos más colectivos de enseñanza. Reconocemos el desajuste entre una práctica de enseñanza y un modelo teórico-metodológico centrado en el sujeto y no en el equipo. Esperamos que este trabajo sirva para reconocer este desfase y motive un ejercicio de reflexión para formular las bases teóricas y metodológicas de trabajos de campo grupales y en equipos.

Como bien lo ha señalado Esteban Krotz (2018), la antropología de la antropología mexicana ha arrojado ya alguna luz sobre cómo se realiza la enseñanza del trabajo de campo en las instituciones formadoras en antropología. Conocemos más del papel central que tiene la enseñanza de la investigación etnográfica en los planes de estudio de etnología o antropología social y cultural. Sin embargo, aún quedan algunos vacíos por llenar en nuestra información, los cuales, por su parte, inspiraron la agenda de trabajo del proyecto Adela II (antropología de la antropología en su segunda edición).³

Por ejemplo, nos falta conocer más las experiencias grupales

-
- 3 El proyecto Antropología de la antropología II (Adela II) es la continuación del proyecto Adela I coordinado por el Dr. Esteban Krotz y la Dra. Ana Paula de Teresa. Al igual que su antecesor el proyecto tiene como objetivo investigar aspectos de la antropología mexicana, abriendo nuevos horizontes temáticos, tales son (a) Las prácticas de formación y el mercado laboral; (b) La relevancia de la antropología en México y (c) La antropología mexicana en el mundo. Cada eje temático supone una mirada analítica hacia la antropología mexicana. Actualmente el proyecto Adela II es coordinado por el Dr. Gustavo Lins Ribeiro, la Dra. Anne Johnson y el Dr. Nicolás Olivós.

en la enseñanza de trabajo de campo, principalmente en la fase formativa en el nivel de licenciatura. Ello nos permitirá conocer el abanico de las posibilidades en que se enseña la etnografía y reconocer los estilos nacionales y locales que se les imprime a esta labor formativa en las instituciones del país. Por otro lado, es importante avanzar en la indagación y sistematización de las formas en que las y los estudiantes de antropología realizan su trabajo de campo en la fase de elaboración de tesis. Coincidimos con Krotz en que son necesarios una sistematización y conocimiento de qué recursos disponen las y los estudiantes para la realización de su investigación de campo. Todavía desconocemos las estrategias de investigación que se realizan, así como las innovaciones y los estilos novedosos que se emplean en esta fase. Y, por último, aunque no menos importante, otro adeudo es el de indagar sobre cómo el abandono del investigador solitario, y si no el abandono del trabajo de campo, ha sido una respuesta individual e institucional ante el crecimiento de los riesgos de violencia, desastres naturales, inseguridad y formas de rechazo a la intrusión de otros en las comunidades que distinguen a nuestra región del mundo.

El presente texto es un avance preliminar de la investigación que estamos desarrollando. Aquí nos detendremos a analizar lo colectivo y lo individual que priva en las formas de enseñanza del trabajo de campo en algunas instituciones formadoras de antropólogos y antropólogas. Observaremos esta dicotomía como un recurso heurístico para analizar las maneras de enseñanza del trabajo de campo en las materias formativas, pero también para hablar del trabajo de campo que se emplea para la investigación de tesis. La pregunta que nos hacemos es ¿en cuál de estos dos momentos formativos intervienen más procesos de orden grupal en la realización de investigación de campo y en cuál se recupera la dimensión individual y solitaria de esta? Otra es ¿qué tanto el modelo individual y solitario se apega al del mito euhemerístico malinowskiano o si hay otras mediaciones existentes en los antropólogos y antropólogas de México las que dotan de otras particularidades a la «soledad»?

1. EL TRABAJO DE CAMPO Y SU FUNDAMENTACIÓN EN LA EPISTEMOLOGÍA DEL INDIVIDUO

En un ejercicio de revisión de los planes de estudio de las diversas licenciaturas en antropología social y etnología de instituciones adscritas a la Red Mexicana de Instituciones de Formación en Antropología (Red MIFA) observamos dos cosas en común; por un lado, una incorporación de la práctica etnográfica en dos momentos claves de la formación de estudiantes y por otro, que se comparte casi la misma bibliografía y los mismos supuestos teórico-metodológicos con los que se enseña etnografía y trabajo de campo. A continuación, describiremos ambos aspectos y posteriormente los vincularemos al tema de los imaginarios en la enseñanza.

De los 32 programas en antropología reunidos en la Red MIFA (<https://redmifa.blog>), se puede observar que la introducción a la práctica etnográfica y de trabajo de campo es una actividad que se oferta desde semestres muy tempranos ya sea a partir de materias llamadas Introducción a la Etnografía, Métodos Etnográficos o Métodos y Técnicas de Investigación Cualitativa que, por lo regular, se localizan entre el primer y tercer semestres de las carreras. En algunos planes como son los casos de la Escuela de Antropología del Norte de México, en la Licenciatura de Etnología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) o en la Licenciatura en Antropología de la Universidad de San Luis Potosí y de la Universidad de Sonora existen materias introductorias a la antropología donde se introduce al estudiante al tema del trabajo etnográfico. En otros programas se nota que estas materias están pensadas como una asignatura informativa, como en el ejemplo de la Universidad de Yucatán y Guadalajara. Pero en otros casos, como en la ENAH en su Licenciatura en Antropología Social, se trata de materias que se imparten en semestres intermedios como antesala al ingreso a seminarios de investigación o proyectos de investigación formativa. Si bien se insiste en que las asignaturas de métodos y técnicas etnográficas deben tener un carácter teórico y práctico, solo en pocos casos, como el de la Universidad de Guerrero, se solicitan de forma expresa algunos días de campo para estas asignaturas.

La mayor parte de los programas de Licenciatura en Antropología ofertados en las universidades del país, programan un bloque de materias que apuntan a la formación en investigación cuyos resultados serán tesis o trabajos monográficos para la acreditación de la materia o para efectos de titulación. Asignaturas que se programan desde que los estudiantes han cursado más de la mitad de la licenciatura regularmente se ofertan en nueve semestres. Ya sea que se llamen Proyectos de Investigación Formativa como en las Escuelas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) o seminarios de investigación, talleres de campo o seminarios de práctica antropológica. Llamen la atención algunos modelos como los de las universidades de Querétaro, Quintana Roo y Oaxaca en los que se organizan espacios intersemestrales —algunos los llaman prácticas de verano— donde se traslada a grupos de estudiantes a realizar trabajo de campo. Incluso en Querétaro y en San Luis Potosí en una temporada las prácticas se realizan en espacios urbanos y en otra en sitios rurales.

Gracias a las entrevistas que hicimos a los profesores y coordinadores de algunos de los programas, pudimos conocer el juego entre lo colectivo y lo individual que domina la enseñanza de la investigación antropológica en México.⁴ Como nos lo hicieron notar, se reconoce que la enseñanza del trabajo de campo pasa por una fase informativa durante la cual se les da a los estudiantes la información de las técnicas y métodos de campo y se les narran las diferencias respecto a otros métodos o sus posibles combinatorias. Al respecto cabe hacer mención que en programas como los de las universidades de Yucatán y San Luis Potosí se enseñan métodos cuantitativos a la par de los cualitativos, dentro de los que se incluye el trabajo de campo. En la fase informativa no necesariamente se les conmina a realizar salidas, visitas de campo,

4 Los testimonios recabados fueron realizados bajo entrevistas y pláticas informales en el marco de la reunión de la Red MIFA desde el año 2017 hasta 2019 y en otras reuniones que se hicieron en el marco de seminario del proyecto Adela II, tales como la reunión celebrada en la Universidad Iberoamericana (IBERO) el día 28 de junio de 2019 y la reunión celebrada en la misma universidad el día 28 de febrero de 2020.

aunque se promueve algún ejercicio de observación y registro en algún entorno cercano a la ciudad o de los aspectos que circundan el mundo de la vida de las y los estudiantes. Por ejemplo, cuentan los profesores y profesoras entrevistados, se invita a los estudiantes a registrar alguna festividad patronal o nacional como el Día de la independencia o el Día de Muertos, pero sobresalen ejercicios que las y los profesores organizan como parte de las actividades de enseñanza que es acudir con el grupo a un sitio o algún evento, como estadios de fútbol, santuarios religiosos, arenas deportivas, y establecer ejercicios dirigidos de observación, registro y reporte.

Entre el cuarto y quinto semestres, o entre periodos de verano, algunas universidades programan asignaturas que por un lado se acreditan con trabajo de campo —principalmente grupal— o, por otro lado, la asignatura consiste en que durante un semestre o trimestre, como es el caso de la Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa), los estudiantes realicen un trabajo de campo dirigido y conducido por algún profesor asignado. El profesor es un elemento importante en el trabajo de campo del alumno, ya que a partir de su modelo de trabajo se delinea la experiencia de los estudiantes en las comunidades que visitarán durante la materia. Los modelos pueden ser como siguen: a) un sistema rotatorio en el cual una práctica se realiza con un profesor y la próxima con otro y b) un sistema de repartimiento dentro del cual los estudiantes se asignan a algún profesor a partir de las temáticas de interés, preferencias afectivas o área de estudio; ese sistema permite realizar trabajo de campo con una duración mayor, la práctica se realiza en grupo en el sitio elegido donde pueden permanecer incluso meses.

En algunas ocasiones los profesores y profesoras distribuyen parejas o sujetos en comunidades y en otras ocasiones el grupo se instala en un lugar y desde ahí realiza el trabajo de campo. Este tipo de ejercicio sobresale de las materias informativas debido a que en ellas se fomenta la especialización de la observación y el registro. A veces la experiencia se fundamenta en modelos de etnografía total, esto por que las y los estudiantes describen la totalidad del espacio observado: paisajes, formas de vida, costumbres y creencias. Sin embargo, estas asignaturas no están ancladas a la fase formativa final,

que es la preparación del estudiante a la investigación de campo con intenciones de titulación. Algunos profesores de la Universidad de Quintana Roo nos hicieron notar que en ocasiones lo esperable e idóneo es que algún estudiante se sienta atraído con el área o el tema abordado en sus prácticas formativas, y opte por continuar su investigación de tesis o en esa línea de investigación o en los sitios donde llevó a cabo sus ejercicios de trabajo etnográfico.

Pocas universidades no incorporan fases de más de dos semestres cuando se formulan proyectos de investigación y se desarrollan estos para ser concluidos en tesis; Yucatán, Querétaro y Sinaloa son tres instituciones, de 32, que no incorporan estas fases a sus programas de estudio; fases que pueden tener un diseño colectivo como en el caso de los llamados Proyectos de Investigación Formativa (PIFs) de la ENAH, a través de los que se opta por ingresar a un PIF temático u otro con áreas delimitadas de trabajo y se reconoce que si bien los productos y las temáticas de investigación son individuales (pocas veces se promueven las tesis colectivas), el trabajo de campo y las discusiones en aula son una labor común del grupo de estudiantes inscritos en experiencias como estas. Cabe mencionar que, tanto en el caso de los PIFs como en el de otros modelos, se pueden reunir estudiantes de semestres distintos al menos durante un año. Es el caso de la ENAH donde se comparte el espacio del aula y del trabajo de campo con compañeras y compañeros de generaciones avanzadas.

Al conocer en detalle los contenidos y protocolos de estas materias a los cuales pudimos acceder y además de las entrevistas realizadas, se podría decir que las fases de enseñanza del trabajo de campo se dividen de la siguiente manera: un bloque informativo, otro formativo y finalmente el profesionalizante. Rara vez estos últimos se anclan ya a una dinámica de lectura de textos sobre etnografía y trabajo de campo, sino que en ellos ya se promueve la investigación dirigida a un tema o problema. No obstante, las otras dos fases iniciales presentan bibliografía en sus programas y protocolos o contenidos mínimos. Incluso las actividades se dividen en teóricas/informativas y la parte aplicada o práctica. Lo que nos interesa discutir a continuación y que retorna al tema eje de este

artículo es que la bibliografía esta es altamente compartida y en su mayoría se fundamenta con la lectura de los clásicos de la etnografía, por lo que los imaginarios y supuestos de partida son los que se formulan desde la visión del antropólogo solitario, aunque en la práctica prive lo colectivo.

Es moneda común tener casi como texto inaugural en una clase de etnografía la famosa introducción que Malinowski escribe a *Los argonautas del Pacífico occidental*, una gran oda a la construcción del método bajo el enfoque de aquello que Miranda Fricker (2017) denomina una tradición epistemológica enmarcada en el individualismo y la idealización racional. Es decir, es la narración de un sujeto sin prejuicios y saberes que se traslada para observar un colectivo de hombres y mujeres y que, como si fuera una *tabula rasa*, aprehende el mundo al que accede y es capaz de conocer hasta las leyes y sentidos más profundos que gobiernan tal comunidad;⁵ un mundo de mujeres y hombres que pueden mostrarse hostiles a la presencia de un extraño e incluso mostrar su lado menos colaborativo, como lo narra Evans-Pritchard en su introducción a *Los nuer* (1992), texto que no falta en las bibliografías de los programas de etnografía. Para romper tal hostilidad y poder meter las narices donde el más entrometido de los nativos no lo haría, afirma Malinowski, se requiere de dos estrategias que combinan el método y las disposiciones actitudinales del individuo: participar-observar y tener empatía.

Además de la lectura de los clásicos de la etnografía y de sus introducciones donde se expone la manera de ingresar al campo, las confesiones, temores y las estrategias para lograr el éxito y los fracasos, los programas comparten otros manuales de etnografía como el de Hammersley y Atkinson (1994), curiosamente autores que provienen de la sociología, el texto de Ángel Aguirre Baztán (1995), los de Honorio Velazco y Ángel Díaz de Rada (2003, 2009) y se actualizan los programas con las obras más complejas y más

5 No obstante, la figura de Malinowski también ha atravesado por una serie de transformaciones a lo largo de su obra y a partir de la publicación de su diario personal. Sin embargo, la figura heredada de este es la que emerge de *Los argonautas del Pacífico occidental* y de su funcionalismo.

reflexionadas como son las de Rosana Guber (2011, 2013). Esta última autora tiene muy presente el modelo más colectivo que fue el llamado Proyecto Harvard en Chiapas del que Esther Hermitte, antropóloga argentina, emergió como una gran etnógrafa, sin embargo, casi todos estos autores recuperan la idea de trabajo de campo y entienden a la etnografía como una empresa que depende del sujeto solitario. Recogen de forma poco problematizada estos textos, los programas de los cursos y el eje metódico de la etnografía que es la observación participante. No se discute si realmente esta es posible, o como lo llama Clifford es un oxímoron adoptado acríticamente, tampoco se piensa si los ejercicios de trabajo compartidos pasan por el anclaje a la participación o si son otras formas de observación las que se despliegan. El acercamiento, la empatía (*rappport*), el registro en diarios y su posterior análisis y procesamiento se tornan las reglas del método etnográfico y, como tal, en muchas ocasiones son estos procesos lo que componen las unidades de un curso de etnografía.

En la tradición antropológica de los Estados Unidos de Norteamérica, la individualidad y la colectividad presentan una situación paradójica que bien vale la pena mencionar por sus implicaciones en el influjo que esta antropología tuvo en la formación de la mexicana. Por un lado, la introducción del trabajo de campo como eje metodológico y como práctica científica es la labor de un hombre en lo individual: Franz Boas. Señala Robert H. Lowie (1946) que Boas dedica gran parte de su vida académica a formar trabajadores de campo y escritores de monografías y reportes etnográficos. Una formación que se desarrolla bajo el estilo del inquisidor solitario que se traslada a los lugares de investigación y recopila información y datos sobre diversos aspectos de la cultura. Es bajo este esquema que se genera un modelo colectivo que pareciera más una escuela, donde el maestro enseña a los discípulos y estos obtienen información que será utilizada por el primero, para nutrir sus notas etnográficas sobre los indios de Norteamérica. O como lo narra Ira Jacknis (1996), Boas forma un ejército muy disciplinado y educado de recolectores de objetos, mitos, cuentos y leyendas; costumbres estilos artísticos, entre otras cosas, que servirán para reorientar los

museos etnológicos en EE. UU., los cuales, para finales del siglo XIX y comienzos del XX estaban organizados bajo el espíritu del evolucionismo.

Incluso afirma Lowie, esta pléyade de discípulos de Boas será nutrida por un amplio grupo de mujeres quienes se abocarán a la obtención de las versiones femeninas de la cultura, dando satisfacción a la demanda de incluir todas las versiones de los habitantes de una localidad acerca de lo que significa para ellos la vida social y cultural. A este ejercicio de generar etnógrafas y etnógrafos muy entrenados Boas lo extendió por la necesidad también de levantar registros en las lenguas originarias, por la formación de investigadores nativos o por la necesidad también de formar en la etnografía a médicos, colonos u otros elementos de la población no originaria. Surge así esa paradoja del trabajo de campo de inspiración boasiana, es decir, se trata de un programa de formación de investigadores de campo individuales, pero que nutren un proyecto de información colectivo que se materializa en museos y en grandes volúmenes publicados, coordinados por Boas, donde se concentra una información susceptible de ser consultada por profesionales y público interesado en conocer sobre las culturas americanas.

La dimensión colectiva del proyecto se plasma en lo que Judith Berman (1996) considera una forma protocolaborativa de la labor etnográfica. Esta antropóloga narra las formas de colaboración entre Boas y George Hunt quien de informante pasó a ser un colaborador muy cercano, e incluso autor de reportes etnográficos donde, en opinión de Boas, se plasmaba ese verdadero «punto de vista del nativo». Rebasa los límites de este escrito la reconstrucción de otras formas de colaboración y de elaboración de investigación colectiva para la cual el modelo impulsado por Boas será el punto de quiebre y partida en la historia de la antropología. Sin embargo, como este artículo versa sobre la cooperación y la colectividad en el trabajo de campo, cabe señalar, que la práctica boasiana de llevar a cabo esta empató mucho con la idea malinowskiana de indagación en campo cuyo eje será la observación participante realizada por el etnógrafo solitario.

Por otra parte, Oscar Lewis en su escrito *Controles y experimentos en el trabajo de campo* (en Llobera, 1988) menciona el papel importante de las expediciones de campo en grupo y de los reestudios. A pesar de que este antropólogo rescata esta dimensión colectiva de la antropología como formas adicionales de control de información cuyo eje sigue siendo la recuperación individual de esta y su dependencia de las destrezas del sujeto, representa un trabajo interesante en lo teórico y en lo programático donde aparece otra imagen del quehacer antropológico. No obstante, hay que reconocer que es un texto poco referido en nuestra disciplina.

Quizá por ser deudores de una epistemología centrada en el sujeto y en la construcción de los mitos forjadores de los grandes nombres (hombres y mujeres por igual), es que las directrices metodógicas del proceso de conocimiento antropológico reproducen este imaginario y poco nos hemos ocupado en pensar las bases de un trabajo colectivo, a pesar de que sí se hace. Es más, se hizo desde el origen de la disciplina. El proyecto del Estrecho de Torres comandado por Haddon y Rivers entre 1888 a 1899 será el antecedente histórico y genealógico de los hitos del estructural-funcionalismo y junto a este el Comité para las Tribus Noroccidentales de Canadá —de donde emerge Franz Boas— fueron ejercicios de investigación de campo grupales e interdisciplinarios. Probablemente compuesto de grandes individualidades que desde sus áreas recolectaban la información especializada del colectivo, es decir, el geólogo a la morfología de los suelos, el biólogo a la fauna y flora, el antropólogo a hablar de la gente, etcétera. Pero en el proyecto Dakar-Yibuti, señala Clifford, las bases de una división del trabajo residían en la obtención de la información, en alternar las miradas. Es decir, mientras uno observaba el hecho social otro observaba a los observadores para registrar los procesos. Marcel Griaule, el coordinador del proyecto, señala Clifford, veía en este un ejercicio de investigación grupal compuesto de miradas múltiples.

Cabe señalar que el modelo grupal de trabajo de campo también fue práctica común en la tradición alemana de la antropología a finales del siglo XIX y principios del XX. El trabajo de campo constituyó el eje principal para la institucionalización de la

ciencia antropológica en este país, al igual que para la formación de espacios tales como museos, academias, centros de investigación y bibliotecas. De acuerdo con Chicote y Göbel (2011), el hecho que permitió la formación de institutos dedicados a la investigación y reproducción del conocimiento antropológico tuvo que ver con un espíritu multidisciplinar en los investigadores adscritos a dichos centros, ya que provenían de disciplinas de las ciencias naturales y sociales, algunos de sus referentes son Leo Frobenius, Robert Lehmann-Nitsche y Max Uhle, entre otros.

De esta manera la historia de la antropología, su práctica y su enseñanza está llena de espacios para lo colectivo: se ha realizado investigación desde la grupalidad, se aprende a mirar y registrar al lado de otros que hacen lo mismo. Sin embargo, poco sabemos sobre cómo se realiza esta labor. Tanto en los manuales de trabajo de campo y etnografía como en los contenidos de las materias por donde cursan las y los jóvenes antropólogos es poco lo que se sabe de una metodología de investigación grupal, y menos nos hemos dado a la tarea de reconocerlo para avanzar en la construcción de los manuales para trabajo de campo acompañado. Sin embargo, en la historia de la antropología mexicana y, en particular, dentro de su historia institucionalizada como disciplina académica que se oferta como licenciatura y posgrados en el país, algunas lecciones podemos obtener sobre este tópico.

2. EL TRABAJO DE CAMPO Y SU FIGURACIÓN COLECTIVA

Para comprender la dimensión que tiene el trabajo de campo en la antropología mexicana, y por ende en la formación de estudiantes, se requiere mirar algunos acontecimientos históricos, que además nos muestran cómo la actividad de investigación etnográfica en México nació y se desarrolló como una empresa colectiva.

De muchos es sabido que la empresa antropológica, su gestación nacional y su consolidación, respondió a un fin político cuyo eje era la integración nacional. Según Blanca María Cárdenas Carrión (2017) en su artículo intitulado: *Los comienzos de la etnología*

en México y el museo Nacional comenta que a finales de siglo XIX y comienzos del siglo XX se desarrollaron políticas que buscaban crear una identidad nacional en las que la investigación etnológica tuvo una fuerte tarea. Desde la etnología se creaba esa imagen de continuidad entre las sociedades prehispánicas y los pueblos indios del México moderno, pues esta era la encargada de registrar, a partir de una amplia labor de campo y de conformación de equipos de investigación, las formas culturales de las sociedades indígenas.

La labor etnológica, centrada en el registro etnográfico y en la recolección de artefactos y utensilios del mundo indígena, impuso una tarea en común que habría de sentar las bases de la práctica de una disciplina y de su enseñanza. Comienza así la historia de los grandes nombres de investigadores y formadores en el siglo XIX, como Manuel Orozco y Berra y Francisco Pimentel. Ya entrado el siglo XX, figuras como Andrés Molina Enríquez y Nicolás León contribuyeron a investigaciones de carácter etnográfico y además ejercerán un papel importante en la docencia, volviendo a la etnología —y dentro de esta al trabajo de campo— una disciplina científica y académica.

Si nos detenemos un momento a pensar sobre este fenómeno ubicado en el ocaso del siglo XIX y los inicios del siglo XX, podemos notar cómo la política colonial o de colonialismo interno impuso un tipo de trabajo de campo parecido al que se desarrollaba en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica, de ahí los fuertes diálogos e intercambios que se sucedieron entre los antropólogos nacionales con los extranjeros. Una diferencia notable que marcó el rumbo de la formación de antropólogos en México fue la conformación de un esfuerzo común aglutinado en torno a tareas específicas y ante visiones del mundo compartidos más allá de la teoría: la necesidad de construir la nación, el estudio de la cultura indígena como patrimonio histórico y el problema de la integración del indio a la cultura nacional y el conocimiento de quiénes son como tarea.

Hasta el momento cabe considerar tres fenómenos importantes surgidos a partir del siglo pasado para nuestra historia disciplinar: 1) la institucionalización de espacios como escuelas y museos (teniendo en cuenta que el museo Nacional operaba como un espacio de re-

colección de objetos y también de enseñanza en los albores del siglo xx); 2) la incorporación de la etnología como disciplina científica y 3) una necesidad de conocimiento de las poblaciones nacionales y el surgimiento del gran tema de la práctica antropológica mexicana que es el registro y explicación de las culturas indígenas.

2. 1 El trabajo de campo como eje de la formación de antropólogas y antropólogos en México

El indigenismo como encarnación de la práctica antropológica fomentó todo tipo de modalidades de trabajo de campo cuyo eje era promover la investigación especializada en regiones y en culturas particulares y avanzar en el conocimiento, interpretación y explicación de estas, sus problemáticas y comprender sus formas de relación con la sociedad nacional.

Surgen así diversos experimentos de realización de trabajo de campo, desde la inclusión de jóvenes etnógrafos para llenar las guías que un antropólogo como Carlos Basauri formulaba y aplicarlas en la mayor parte de los pueblos conocidos, hasta ejercicios de gran individualidad como los que promovió Alfonso Caso en la Mixteca, quien solicitó al maestro rural, de origen purépecha, Pablo Velázquez Gallardo recorrer la Mixteca Alta y levantar registro de sus pueblos. Pero un hecho que sobresale es el impulso de la academización de la antropología, una colaboración teórico formativa propuesta por quien se considera la figura central de la fundación de la antropología norteamericana: Franz Boas y el relativismo cultural, fueron de gran influencia para los modelos académicos que se establecieron tanto en Estados Unidos como en México, especialmente a partir de las décadas de 1950 y 1960. Los aportes de Boas sirvieron para fundamentar un enfoque basado en la idea de que las culturas se diferencian únicamente a partir de sus propias condiciones históricas y no mediante la evolución de razas. Una propuesta teórica y metodológica que desde la naciente Escuela Nacional de Antropología, vinculada al proyecto indigenista, conducirá a la formación de antropólogas y antropólogos especialistas en culturas particulares y con trabajo de campo pro-

longado e intensivo en ellas. Sin importar si el trabajo de campo lo hacían mujeres u hombres de forma individual, lo colectivo es ahora la posibilidad de visitar la zona por otros y mirar otros hechos, enfatizar nuevos problemas y proponer interpretaciones diferentes y contrarias sobre la misma sociedad.

Un giro que se da en la antropología y en las maneras de su enseñanza lo encontramos bajo el cobijo del modelo norteamericano de origen boasiano y que tiene como protagonistas a Isabel Kelly y Ángel Palerm. La influencia sobre la forma de hacer trabajo de campo que ejerció Kelly en Palerm es importante ya que define todo un estilo colectivo de trabajo que dejará huella en algunas instituciones de formación de antropólogas y antropólogos en México (Kemper, 2014). Palerm contribuyó en la investigación comandada por Kelly en Tajín, Veracruz. Además de participar en el trabajo colectivo de campo, contribuyó con su pluma en los diversos productos que el proyecto arrojó. El trabajo de campo que desarrolla Palerm se diferencia en un hecho fundamental: debe ser formativo para la educación del antropólogo. Según él, «... se aprende a hacer trabajo de campo en el campo» pero debe de hacerse en colectivo. La idea del investigador solitario que se hereda de la antropología británica no es compartida por Ángel Palerm. Para este antropólogo, el trabajo de campo es esencial en la enseñanza, tiene que ser conducido por un cuerpo docente que deben acompañar en el proceso de enseñanza al estudiante en campo.

Este modelo de trabajo de campo en comunidad tiene un carácter pedagógico que comenzó a formarse en la década de 1950 en diferentes espacios educativos. Los dos primeros donde la relación de profesor-alumno comenzaría a formar parte de la tradición educativa en campo fueron la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y la Universidad Iberoamericana (UIA). Dentro del trabajo de campo, el diálogo entre estudiantes y profesores era un elemento importante que tendría como fin generar un nuevo modelo metodológico donde la figura del investigador solitario fuese sustituida por un tipo de investigación en colectivo, a fin de poder generar relaciones de confianza (colectividad) y, por otra

parte, un panorama etnográfico de mayor amplitud, capaz de intervenir y resolver problemáticas de carácter social.

Con el paso del tiempo, la figura de Ángel Palerm sería de suma importancia para la formación en otras instituciones académicas orientadas a la antropología y al trabajo de campo. Algunas de sus aportaciones tienen que ver con la creación de centros de investigación antropológica, dentro de cuyos ejemplos más conocidos y destacados se encuentran las formaciones de los departamentos de antropología de la Universidad Iberoamericana (fundado en 1960) y el de la Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa (fundado en 1975), así como la del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (fundado en 1973).⁶

2.2. Los modelos de trabajo de campo y las instituciones académicas

Las condiciones iniciales que impulsaron un tipo diferenciado de trabajo de campo se debieron en gran medida a las intervenciones de personajes nacionales y extranjeros. Siguiendo las ideas del antropólogo Gustavo Lins Ribeiro (2014) sobre la influencia de Eric Wolf, se afirma que la antropología es una disciplina internacional por sus conexiones externas, es decir, podemos deducir que la historia de la antropología supone una historia de relaciones internacionales entre investigadores y campos científicos. Sería difícil negar esta afirmación después de haber revisado la formación de un tipo de trabajo de campo que se institucionalizó en México. Sin embargo, en este espacio, hay que volver la mirada a un ámbito clave: la política nacional, ya que los intereses políticos al mismo

6 No hay duda de que los aportes teóricos y diseños disciplinarios que aportó Ángel Palerm son de suma importancia para la formación de dichos centros de investigación antropológica, no obstante, la participación de Aguirre Beltrán, Guillermo Bonfil Batalla, Luis Villoro y Roger Bartra son igual de importantes para la consolidación institucional de la IBERO, UAM - I y el CIESAS. Para mayor referencia recomendamos consultar el compendio «Antropología de la antropología mexicana» (2012) coordinado por el Dr. Esteban Krotz y la Dra. Ana Paula de Teresa.

tiempo que han ayudado a impulsar proyectos de trabajo de campo e instituciones de enseñanza antropológica, han creado dificultades para la consolidación de los distintos centros educativos. Si bien cada situación es única, se puede hacer un repaso de cómo se configuraron los modelos de trabajo de campo, particularmente en la segunda mitad del siglo pasado. Sobresale la década de 1980 que incluso se puede entender como una etapa de innovaciones.

Sumado a esto hay que recordar que la educación antropológica comenzó a tener una difusión mayor después de la segunda mitad del siglo XX, por lo que ciertas políticas educativas pensadas para la descentralización de la educación en México llevaron a la creación de instituciones fuera del Distrito Federal. Algunos institutos importantes fueron instalados en Puebla, Chiapas, San Luis Potosí, Michoacán y Chihuahua. No obstante, el desarrollo de cada una de estas instituciones también estaba ligado a la política de cada estado dando como resultado programas diferentes los unos de los otros. Es importante resaltar este escenario debido a que permite comenzar a pensar en un contexto donde la antropología mexicana y sus planes de estudios compartían ciertas características de la práctica de campo, aunque diferenciándose en el tipo de estudio y los intereses institucionales. En este sentido, las diferencias están marcadas por condiciones políticas y por objetivos de cada instituto. Si se repasa detalladamente la historia de cada escuela se encontrará que siempre hay un elemento que diferencia la forma de hacer antropología y el trabajo de campo, tal y como lo muestran los resultados del proyecto Antropología de la Antropología (Adela I) coordinado por el Dr. Esteban Krotz y la Dra. Ana Paula de Teresa (2012).

Para finales de la década de 1950 e inicios de 1960 la influencia de Ángel Palerm, Eric Wolf, Guillermo Bonfil Batalla y Arturo Warman en el trabajo de campo se consolidó como un pilar del desarrollo educativo. La contribución de Palerm en programas de posgrado en antropología permitió reproducir la forma de trabajo de campo en colectivo que se había gestado desde sus trabajos en el Tajín. Con esto, algunos programas como el de la Universidad Iberoamericana (IBERO) y de la UAM - Iztapalapa tuvieron en un inicio el modelo de trabajo de campo palermiano.

En la IBERO, la formación de antropólogas y antropólogos debía de estar fuertemente ligada al trabajo de campo y orientada a estudiar los cambios sociales en la sociedad mexicana. En el artículo *El programa de posgrado en antropología social en la Universidad Iberoamericana*, Marisol Pérez Lizaur y Tania Arce Cortés (2012:432) comentan lo siguiente:

Este proyecto se afincó en cinco ejes principales: la formación teórica, el trabajo de campo, la vinculación de la enseñanza con la investigación, la reflexión y discusión teórica y de los materiales de campo en grupo —los seminarios— y la flexibilidad, entendida esta como un programa personalizado, es decir, elaborado según los intereses del estudiante.

El programa elaborado por Ángel Palerm y Aguirre Beltrán contemplaba al trabajo de campo como indispensable, que debía de estar sujeto a una relación entre estudiantes y profesores. Este proyecto se concretiza con la adquisición de una «estación de campo» en Tepetlaoxtoc, estado de México. Para Roger Magazine (2014), a diferencia del modelo de trabajo de campo norteamericano, este modelo permite a los estudiantes poder interactuar entre sí, lo que da como resultado una colaboración en campo y un mayor aprendizaje en colectivo ya que la interacción entre profesor y alumnos permite el intercambio de técnicas y saberes; además ayuda a pensar el trabajo de campo como un elemento colaborativo sobre la competencia académica.

Al igual que en la IBERO, pero en la licenciatura, la UAM-I desarrolla su programa de estudios con ayuda de Palerm. Esto supone una vez más un modelo donde el trabajo de campo es esencial para la formación académica. No obstante, este nuevo programa marca la diferencia al estar enfocado en el entorno urbano, lo que lo distingue de los estudios antropológicos y etnográficos tradicionales, enfocados en comunidades rurales e indígenas. El programa de estudios se basó en tres ejes de interés para la formación antropológica: diacrónico, sincrónico, y presente etnográfico; de esta manera el trabajo de campo nuevamente se consolida como un requisito básico e indispensable. El programa de antropología también buscó generar estaciones de campo, a fin de tener alojamiento, reuniones,

materiales, equipo y archivos. Así, nuevamente el modelo colectivo está presente para las investigaciones y formación de los estudiantes, pero sin dejar de lado el hecho de que cada investigador pudiera realizar investigaciones propias, sin tener que poseer necesariamente los mismos temas que el docente.

Estos dos ejemplos son una muestra ilustrativa de un modelo y una tradición distintos al mito del investigador solitario dentro de las instituciones mexicanas, en los dos casos anteriores se aplicó en los niveles de licenciatura y posgrado. El modelo se expandió y se reprodujo en otros centros académicos en estados como Chiapas y Puebla; en la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH) y en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), respectivamente.

En el caso de la UNACH el plan de estudios que se presentó en 1979 tenía como base el programa establecido en la ENAH, es decir, en este se pretendía continuar con un modelo de trabajo de campo que estuviese ligado a la formación de los estudiantes. Sin embargo, como resalta la profesora Cecilia Alba Villalobos (2012), los problemas de carácter financiero dificultaron el hecho de que se pudiesen realizar prácticas de trabajo de campo de manera estable durante los primeros años de la carrera de antropología. Esto produjo un cambio constante en los planes de estudio. A pesar de esta situación que se prolongó durante décadas, hubo una gran respuesta por parte de los profesores al incorporar seminarios complementarios al plan de estudios, a fin de poder cubrir la falta de investigación producida por problemas burocráticos.

Para el caso de la BUAP, el Colegio de Antropología Social (CAS, fundado en 1979, tomó como referencias los modelos de la ENAH, la IBERO y UAM-I. Por ello, hubo una influencia del marxismo y de las corrientes antropológicas tradicionales, lo que llevó al interés por prácticas y temas de investigación ligadas al marxismo, lenguaje, poder, cultura, economía y sectores urbanos. No obstante, las condiciones internas de la institución junto con los problemas económicos que se presentaron en el país durante la década de 1980, resultaron en un desequilibrio del modelo académico, lo que generó fuertes conflictos internos y llevó a reestructurar su proyecto.

La referida crisis económica de la década de 1980 impactó en el apoyo económico dirigido a las instituciones públicas. En este contexto se conformó un modelo de evaluación de calidad educativa, lo que trajo como consecuencia que la asignación del financiamiento gubernamental estuviera vinculado a la calidad académica de cada institución. Los modelos de evaluación académica generaron una respuesta en las instituciones y en los planes de estudio directamente, lo que llevó a producir cambios que estuvieron ligados a la política del Estado.

A pesar de esta situación, algunos colegios como es el caso del Colegio de Michoacán (COLMICH) y el Colegio de San Luis Potosí (COLSAN) continuaron bajo la influencia del modelo de Ángel Palerm para el trabajo de campo. Para el caso del COLMICH las figuras de Ángel Palerm, Guillermo Bonfil Batalla, Enrique Florescano, Miguel León Portilla y Agustín Yáñez fueron clave para la formación del modelo de trabajo de campo y perfil antropológico. De acuerdo con Marco A. Calderón Mólgora (2012) el modelo del COLMICH tuvo como interés, desde su formación, poder estudiar regiones con el propósito de resolver los conflictos que se podrían gestar debido a distintos fenómenos coyunturales. Por su parte el COLSAN, continuando con el modelo del COLMICH e incorporando la Maestría en Antropología Social (MAS), promovió la formación antropológica en el norte del país.

Después de haber realizado un breve recorrido sobre algunos proyectos de formación de antropólogos y antropólogos podemos notar cómo la influencia del modelo de trabajo de campo en colectivo es algo recurrente. Pero, en realidad, poco a poco podemos apreciar cómo es que algunas condiciones políticas han provocado cambios en algunos programas de estudio. Si bien las políticas económicas de los años 80 pretendieron ajustar un modelo de excelencia en algunas instituciones, también marcaron nuevos programas diferenciados de los modelos originales, incluso alterando la noción de trabajo de campo colectivo. Coincidimos con la evaluación de Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa (2012:17):

Para la antropología se agrega el fortalecimiento de una administración bastante alejada de las dinámicas de la investigación científica y de la

formación de estudiantes y cada vez más obsesionada por indicadores cuantitativos y *rankings* de todo tipo, la creciente imposición de modelos de generar y comunicar conocimientos científicos copiados de las ciencias naturales o exactas.

De hecho, los proyectos de corte neoliberal han impactado sobre la formación antropológica. Si bien es posible pensar que la antropología se va construyendo desde su propia práctica, también es posible ver cómo ciertas condiciones globales intervienen para su cambio en favor de algunos estándares algunas veces ajenos a los intereses de la disciplina.

3. OTRA VUELTA DE TUERCA AL TEMA DEL TRABAJO DE CAMPO EN SOLITARIO

Habíamos comentado que ya Esteban Krotz (2018) señalaba que ese estado liminar de la formación de antropólogas y antropólogos en México se distinguía por ser una fase de investigación en solitario y de conducción más individual que colectiva. Krotz tenía en mente al momento de la investigación antropológica que concluye en tesis de licenciatura o de posgrado. Señala este antropólogo dos características: una, que la investigación retorna al plano de lo individual, que son los y las estudiantes quienes se trasladan al campo con sus recursos, sus estrategias y destrezas; otra es que no sabemos qué hacen y cómo lo hacen.

El y la investigadora solitarios, al estilo mexicano y no malinowskiano, son el producto de varios factores, algunos de los cuales se han acervado en los últimos años. Situaciones que van desde factores epistémicos, otros de orden político-académico, así como aquellos que resultan históricamente de la política de apoyo y financiamiento a la investigación antropológica. Entre los primeros podemos mencionar el fuerte influjo que tiene la llamada autoridad etnográfica y el yo testimonial en las maneras de justificar el conocimiento antropológico. Para las academias, una investigación, entre las que se contemplan las tesis, es el producto de las destrezas de observación, registro, análisis y exposición de un individuo. Parece difícil poder imaginar un registro compartido

donde la fiabilidad de su hecho esté dada porque varios observaron y analizaron conjuntamente y más raro sería que escribieran juntos.⁷ Todo ello levanta la delicada cuestión: ¿En quién recae la autoridad etnográfica? Pensamos que al no tener aún dispositivos académicos que permitan realizar ejercicios donde se avance a diluir o hacer múltiple el tema de la autoridad etnográfica, seguiremos anclados a procesos que fomentan la elaboración de tesis e investigaciones individuales.

De esta manera, la política académica que caracteriza a nuestras instituciones se ha permeado de este imaginario epistémico. A pesar de las presiones a la eficiencia terminal y a incrementar los índices de titulación, la mayor parte de los programas de licenciatura en antropología del país abre un espacio de titulación al final de las licenciaturas donde el o la estudiante se enfrenta al proceso de la investigación en solitario, solo acompañado del director y/o directora de tesis. En algunos programas se planean seminarios de tesis como forma combinada de generar un acompañamiento institucional al tesista, aunque la construcción de la investigación y la puesta en marcha de esta hasta su conclusión sea una labor que se asume individualmente. El caso que aún sobresale, a pesar de las presiones hacia la eficacia terminal, es el de la ENAH donde el proceso de titulación se efectúa una vez que se terminan los créditos, se concluye el servicio social y se otorga la pasantía total al estudiantado. Se le deja al estudiante la responsabilidad de buscar director o directora en o fuera de la escuela. Ellas y ellos muchas veces completan su formación en proyectos de investigación externos a la ENAH al incorporarse como tesistas a otras instituciones y posteriormente solo regresan a la escuela a solicitar presentar su examen de grado.

7 No dejamos de mencionar que en la ENAH se han elaborado varias tesis colectivas. Lamentablemente, debido a la pandemia de la COVID-19 no fue posible acceder al acervo de la ENAH, de donde pudiéramos haber obtenido información metodológica sobre las investigaciones colectivas. Sin embargo, el proyecto Adela II aún está en marcha y esta tarea se prevé realizarse en la segunda etapa de la investigación.

Finalmente, la individualidad del trabajo etnográfico como parte de la fase de investigación y obtención de títulos universitarios es el resultado de una configuración histórica de la forma de organización del apoyo y financiamiento a la actividad científica en México. Para realizar estudios de posgrados los estudiantes reciben financiamiento a través de una beca por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Posgrados donde la beca se adjudica a sujetos que se presentan a los procesos de admisión a partir de la presentación individual de un proyecto que eventualmente será su investigación de tesis. En otras palabras, el modelo de formación de posgrado que se impulsa desde las instancias de gobierno promueve la investigación individual. Así las competencias que se promueven en un investigador egresado de una licenciatura van en este sentido. Basta observar los perfiles de egreso de los programas de estudio de nuestras universidades para mirar cómo domina la idea de orientación formativa volcada al sujeto. Quizá tendríamos que mirar el número de aceptados en posgrado con tesis colectivas y conocer las experiencias institucionales que han promovido trabajos de este tipo y cómo enfrentan a una instancia financiadora como CONACYT, que beca a individuos, que busca la eficiencia terminal de los sujetos becados y que penaliza a programas de posgrado si no titula a individuos becados.

4. REFLEXIONES FINALES

Retomando la idea de Esteban Krotz, sabemos de la individualidad en los procesos de investigación para tesis, sabemos sus motivaciones, causas y miramos un sistema de estímulos que apunta a esto, pero no sabemos cómo se hace el trabajo de campo. Conocemos por experiencia personal, por trayectoria como docentes y por el intercambio de ideas con colegas, que las directrices generales son trazadas desde el modelo malinowskiano, aunque también operan muchas otras mediaciones determinadas por las circunstancias nacionales.

Por lo tanto, una tarea a investigar es cómo se aplica a las situaciones de investigación de mujeres y hombres tesisistas, las pre-

misas del *rapport*, la observación participante, el estudio intensivo y prolongado, los aprendizajes de lenguas y/o códigos comunicativos locales, el acercarse a los líderes de las comunidades y pueblos en estudio, etcétera. Por lo tanto, es necesario indagar cómo se aplica a las situaciones de investigación de tesis, las premisas de *rapport*, la observación participante, el estudio intensivo y prolongado, los aprendizajes de lenguas y/o códigos comunicativos locales, el acercarse a los líderes de las comunidades y pueblos en estudio, etc. Es importante saber si estas directrices se modifican ante situaciones de distancias culturales más cortas que las que tuvo o tiene un antropólogo europeo o norteamericano en África, Asia u Oceanía.

Algunas cuestiones clave son: ¿Cómo son las investigaciones individuales cuando la o el estudiante decide indagar algún tema de su propia localidad de origen o la de sus ancestros, hecho muy frecuente en nuestras escuelas? ¿Cómo son los procesos de distancia y cercanía y la misma construcción del espacio para los solitarios investigadores de campo, pero que estudian un mundo que no es tan distante y en el cual muchas veces se generan fuertes lazos de compromiso? Distancias que se acortan también ya que como bien lo señaló Guillermo Bonfil Batalla (2005), tenemos una herencia del mundo cultural popular e indígena en nuestros dispositivos como antropólogos mexicanos. Es decir, la comida, creencias, prácticas rituales, formas de las fiestas, paisajes y sonidos no son tan ajenos a nosotros y por lo tanto siempre actúan como una mediación importante para lograr las cercanías que un alejamiento o distancia radical impone y que se sortea bajo las estratagemas que nos contaron los fundadores de la disciplina y que posteriormente se volvieron método.

Una agenda pendiente será la de revisar si el aprendizaje de trabajo de campo en colectivo, ese que se aprende en los años de formación inicial, es retomado como competencias y habilidades del egresado al enfrentar su propia investigación. Y en caso de desfase o no complemento, habría que revisar los contenidos de nuestras materias iniciales y generar insumos para saber qué hacen nuestros estudiantes en sus investigaciones de tesis y a partir de ese conocimiento ir escribiendo los nuevos manuales de etnografía.

Quizá la vocación colectivista de quienes escribimos estas páginas nos hace pugnar por promover formas de investigación grupal. Nos sentimos más empáticos del formato de Marcel Griaule o del proyecto en el estrecho de Torres, que de las vías individualistas y su fundamento en la autoridad etnográfica. Sin embargo, reconocemos que la tendencia es inversa y que la propia disciplina antropológica ha conducido sus prácticas y dispositivos de investigación hacia la vía individual y no colectiva, al menos en la elaboración de tesis de licenciatura y posgrados. No obstante, habría que avanzar en formalizar y generar imaginarios fundamentados en la investigación grupal. Recorrer las experiencias nacionales y de América Latina y observar cómo los grupos definen un área de trabajo, generan procesos de contacto e inmersión, se comparten las miradas en la recolección de información y se dialogan las interpretaciones. Y el producto de esto será también imaginar los nuevos manuales de enseñanza y libros de texto sobre el trabajo de campo, con los cuales se formarán a las nuevas generaciones de antropólogas y antropólogos, cuyos imaginarios sobre la práctica disciplinar no se centrará en el mito del antropólogo solitario que observa a lo lejos cómo se marcha el navío que lo llevó al terreno de campo.

Un escrito como el que nos propusimos elaborar por su carácter programático carece aún de conclusión. Hemos trazado a grandes rasgos una línea de discusión de parte de lo que se está trabajando en el proyecto Antropología de la Antropología en México en su segunda edición. La conclusión deberá esperar los avances de la investigación y de la discusión. Hemos expuesto las tensiones que existen entre los imaginarios que se tienen sobre lo que es y cómo debe hacerse trabajo de campo, muchos de los cuales reproducimos como docentes, y la práctica de enseñanza de esta labor.

Pero también se reconoce que en la antropología mexicana y en sus instituciones de enseñanza, la fase formativa se disocia de la fase de la investigación que realizarán tesistas en licenciatura y en posgrado. Por los intercambios de información que se hacen en el marco del Proyecto Adela II y en las reuniones de la Red Mexicana de Instituciones Formadoras en Antropología, conocemos algunas formas en que se realiza esta fase de investigación, sabemos que se

despliegan toda una serie de estrategias y recomendaciones que son una constante en la investigación etnográfica desde su institucionalización como práctica científica tales como las de presentarse con las autoridades locales, participar de la vida ordinaria y observar sus sucesos, tener empatía y simpatía, etc. Pero también sabemos de las invenciones e innovaciones que las y los estudiantes generan como forma de sortear la búsqueda de información en contextos muchas veces complicados, como en el de la reciente pandemia de la COVID-19, tales como el uso de redes sociales o el empleo de plataformas como Zoom o Google Meet para entrevistas.

Sin embargo, nada de esto está plasmado en documentos que posteriormente se tornen los manuales del futuro para enseñar trabajo de campo y donde las vías heredadas por los clásicos de la disciplina sean parte de una historia y no lineamientos que se enseñan acríticamente. Además, sistematizar este conocimiento y mirar los estilos e innovaciones quizá nos permita reconocer que, tanto en México como en otros países de América Latina y otros de la periferia antropológica el trabajo de campo y sus normas son otras.

BIBLIOGRAFÍA

- Alba Villalobos, C. (2012). «La licenciatura en Antropología Social de la Universidad Autónoma de Chiapas (1975-2007)». En E. Krotz y A. De Teresa (Eds.), *Antropología de la antropología mexicana: Instituciones y programas de formación* (Vol. I). Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos.
- Aguirre, Á. (1995). *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Editorial Boixareu Universitaria.
- Berman, J. (1996). «The culture as it appears to the Indian himself: Boas, George Hunt, and the methods of ethnography». En G. Stocking (1996), *Volksgeist as Method and Ethic. Essays on Boasian ethnography and the German anthropological tradition* (HOA, Vol. 8). The University of Wisconsin Press.
- Bonfil Batalla, G. (2005). *México profundo. Una civilización negada*. México: Debolsillo.
- Cárdenas, B.M. (2017). Los comienzos de la Etnología en México y el Museo Nacional. *Cuicuilco. Revista de ciencias antropológicas*, 24(68),

- 77-100. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S244884882017000100077&lng=es&tlng=es.
- Calderón Mólgora, M. (2012). «El Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán». En E. Krotz y A. De Teresa (Eds.), *Antropología de la antropología mexicana: Instituciones y programas de formación*. (vol. I). Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos.
- Castaño, F. y Díaz de Rada, A. (2005). *Lecturas de Antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*. Editorial Trotta.
- Chicote, G.B., y Göbel, B. (2011). 146. *Ideas viajeras y sus objetos: El intercambio científico entre Alemania y América austral*. Iberoamericana, Vervuert.
- Clifford, J. (1995). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Gedisa.
- Evans-Prichard, E.E. (1992). *Los Nuer*. Anagrama
- Fricker, M. (2017). *Injusticia epistémica*. Herder Editorial.
- Giménez, C. (2014). La articulación de teoría, trabajo de campo y formación del antropólogo en Ángel Palerm: Transfiriendo aprendizajes de México a España. *Desacatos*, (45), 47-62. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607050X2014000200005&lng=es&tlng=es.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI editores.
- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica. descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Editorial Biblos/Culturalia.
- Hammesley, M. y Akinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós.
- Hermitte, E. (1970). *Poder sobrenatural y control social en un pueblo maya contemporáneo*. Instituto Indigenista Interamericano.
- Jacknis, I. (1996). «The ethnographic objects and the objects of ethnology in the early career of Franz Boas». En G. Stocking, *Volksgeist as Method and Ethic. Essays on Boasian ethnography and the German anthropological tradition* (HOA, Vol. 8). The University of Wisconsin Press.
- Kemper, R. (2014). Ángel Palerm: reflexiones sobre el impacto de su trabajo de campo y docencia. *Desacatos*, (45), 137-145. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607050X2014000200012&lng=es&tlng=es.

- Krotz, E. y De Teresa, A. (Eds.) (2012). *Antropología de la antropología mexicana: Instituciones y programas de formación* (2 vol.). Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos.
- Krotz, E. (2018), «El caminar antropológico: ensayo sobre el trabajo de campo y su enseñanza». En R. Guber, *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía*. Editorial Sb.
- Lewis, O. (1975), «Controles y experimentos en el trabajo de campo». En J. Llobera (comp.), *La antropología como ciencia*. Anagrama.
- Lowie, R. (1946). *Historia de la etnología*. Fondo de Cultura Económica
- Lins, G. (2014). El trabajo e influencia de Eric Wolf. *Desacatos*, (46), 187-189. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607050X2014000300014&lng=es&tlng=es.
- Lins, G. y Kemper, R. (2014). Ángel Palerm y el trabajo de campo: un legado que perdura. *Desacatos*, (45), 63-67. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607050X2014000200006&lng=es&tlng=es.
- Magazine, R. (2014). Beneficios y retos de la enseñanza del trabajo de campo en el campo: el caso del posgrado en antropología social de la Universidad Iberoamericana, ciudad de México. *Desacatos*, (45), 27-34. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607050X2014000200003&lng=es&tlng=es.
- Palerm, A. (2014). Antropología de campo. *Revista de Antropología Social*. *Desacatos*, (25).
- Robichaux, D. (2014). La centralidad del trabajo de campo de los antropólogos: Reflexiones a partir de la experiencia. *Boletín de Etnólogos y Antropólogos Sociales A.C.2014: en torno a la formación de antropólogos: desafíos y debates*, (37-49). <https://archive.org/details/BoletinCEAS2014>.
- Schneider, D. (1995). *Schneider on Schneider. The Conversion of the Jews and Other Anthropological Stories. David M. Schneider as told to Richard Handler*. Editorial Duke University Press.
- Stocking, G. (2005), «La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en la antropología británica desde Taylor a Malinowski». En F. Castaño y A. Díaz de Rada (comp.), *Lecturas de Antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*. Editorial Trotta.
- Velasco, H. y Díaz de Rada, A. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo para etnógrafos de escuela*. Editorial Trotta.



NICOLÁS OLIVO SANTOYO es doctor en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana y antropólogo social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Profesor investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), miembro del equipo coordinador del proyecto Antropología de la Antropología II (Adela II). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel I.

GERARDO CRUZ SÁNCHEZ es egresado de la Licenciatura en Ciencias Sociales (Antropología Social y Sociología) de la UACM, investigador en el proyecto de etnografía de la Mixteca Alta en Oaxaca y asistente de investigación en el proyecto Adela II.